

# El Impuesto Unico

## PREIOS DE SU SCRION

Península un año . . 1'50 peseta  
Argentina » » . . 1'— peso  
Demás países » » . . 2'— francos

Número suelto, diez céntimos

Organo mensual de la Liga Española

Fundador Gerente.

*Antonio Albendin*

## OFICINAS:

PLAZA DE LA ALHÓNDIGA, 9  
MALAGA

Número atrasado 50 céntimos  
PAGO ADELANTADO

Año VI

Málaga 1.º de Agosto, 1916

Núm. 56

SUMARIO.— Las vejaciones del actual sistema de impuestos.— La supresión del privilegio.— El impuesto sobre los beneficios de la guerra.— Los paliativos no resuelven nada.— Los proteccionistas.— Como funcionan los monopolios.— Ideales económicos de Rivadavla.— Notas y Comentarios.

## Las vejaciones del actual sistema de impuestos

*Por Lewis Jerome Johnson, Profesor de Ingenieria Civil en la Universidad de HARWARD.*

El agravio fundamental del actual sistema de impuestos es la creencia de que los gastos públicos pueden pagarse lícitamente interviniendo en las ganancias de los particulares.

Esta barbaridad nace de la ceguera que impide ver que la comunidad tiene su renta propia que es la renta de la tierra sin mejoras o sea el valor que toma la tierra por su sitio o condiciones de proximidad a centros de comercio y población, por haberse ejecutado obras públicas, por el desarrollo de los medios de transporte y por variadas ventajas naturales.

En este valor no se incluye el de cualquier mejora en, sobre o bajo la tierra o sea que no se incluye el valor que a un cierto terreno le den el capital o trabajo en él empleados; pero sí se incluye el valor de las concesiones de servicios públicos. Dicho valor es relativamente muy pequeño cuando se trata de terrenos destinados a la agricultura y muy elevado en los terrenos urbanos.

Este gran caudal que técnicamente se llama renta de la tierra mide el beneficio que hace la sociedad a los terratenientes, por eso puede llamarse propiamente valor público porque es creado por el público. Es, con toda justicia y equidad, una propiedad pública destinada por la naturaleza a pagar con ella los gastos públicos del mismo modo que cada individuo debe pagarse sus gastos con lo que individualmente gana.

Su rendimiento anual tiene todas las características de una renta pública automática excepto el que no entra por sí sola en las arcas del Tesoro público. Fluye a la vista de todos y es el valor que más fácilmente

y más exactamente se averigua: pero nuestras bárbaras leyes permiten que lo recojan los terratenientes, agravio social solo comparable al que permitía que las ganancias del esclavo las recogiese el amo.

Lo que necesitamos hacer para corregir este funesto error es, sencillamente, ir gravando el valor de la tierra hasta absorber la renta de la tierra e ir suprimiendo al mismo tiempo toda clase de impuestos y contribuciones hasta que no quede mas que aquel sobre el valor de la tierra.

La principal objeción que a este sistema se opone es la de que con este valor no habría bastante para sostener los gastos públicos. Los que esto dicen no tienen en cuenta el enorme valor que alcanza la tierra en las ciudades; pero además, no hay mas que fijarse en que si hoy la industria sostiene al Gobierno y a los propietarios con mayor razón sostendrá solo al primero.

Nótese cuidadosamente que no es que el valor de la tierra deba ingresar en el Tesoro público porque no lo ganan los propietarios sino porque es creado y ganado por el público. Esta advertencia es útil porque se escapa a muchos defensores del impuesto único que dejan la puerta así abierta a ociosas discusiones y oscurecen el consejo.

### El modo de acabar con el parasitismo

Una vez abolidas las leyes que permiten la usurpación del valor de la tierra por los particulares y llevado este fondo público al Tesoro, como es de justicia, desaparecería la confiscación de la verdadera propiedad privada, o sean las ganancias de los individuos, que hoy se practica con el disfraz de impuestos o contribuciones. La abolición de estos dos sistemas legales de confiscación: el de los propietarios a la comunidad y el del Estado al trabajo, nos libraría de la suc-

ción de la burocracia y la elegante piratería de la plutocracia que el proteccionismo engendra, así como de las exacciones de las Compañías que explotan concesiones de servicios públicos.

Para muchos el objetivo principal es «hacer dinero» dentro o fuera de la ley. De aquí que la moral pública se halle en el caos lo que hace imposible hallar la mano directora de la corrupción, tanto en los negocios como en la política. Hasta que el público no aprenda a distinguir la propiedad privada de la colectiva y a respetar ambas, no puede esperarse de los individuos que las respeten.

### **Abolviendo el despojo se aliviará de cargas a la industria**

El actual sistema de impuestos obra como una transfusión de sangre que se hiciera a un hombre mientras se dejara escapar su propia sangre por una abertura, inadvertida, en el costado.

Pero ya hemos descubierto esta abertura y estamos dispuestos a cerrarla dejando al paciente que aproveche su propia sangre tanto para beneficio suyo como para el de todos aquellos de quienes se saca la sangre de la transfusión.

Esta tranfusión desaparecerá al desaparecer la necesidad y esta necesidad irá desapareciendo a medida que vayamos impidiendo que los individuos detenten los caudales públicos, lo que se impedirá por medio del impuesto único.

Con esta sencilla reforma no habría para que imponer contribuciones a la edificación, a las fábricas, industrias, almacenes, mercancías, ganaderías, capitales y ganancias; ni, en una palabra, a nada que signifique capital, trabajo o sus productos.

### **Progresos de esta reforma tributaria**

El reconocimiento de que el valor de la tierra es un caudal público, va consignándose en medidas legislativas desde hace pocos años, no solamente en Australia, Nueva Zelanda, Canadá, sino también en el Japón, Alemania y los Estados Unidos.

En Inglaterra, estas medidas hicieron famoso en todo el orbe al Ministro Lloyd George en 1909. Tres años mas tarde el órgano de los conservadores «*Pall Mall Gazette*» decía: «El partido de los Unionistas debe pensar en alguna política territorial práctica y equitativa para contrarrestar la tendencia de los liberales hacia el impuesto sobre el valor del suelo».

Es cierto que la burocracia, los partidos políticos y los «técnicos» petulantes que no atienen mas que a lo que ellos juzgan de inmediata realización, a penas si han advertido estos progresos, desdeñan este movimiento y aun le escarnecen y le combaten.

Pero el público que ve el fracaso de su obra y consejos, ansía seguir los de los otros directores sin compromisos y de miras más amplias y nobles. El público está aprendiendo, lenta pero seguramente, que la propiedad de la tierra debe de ser común y pronto lo hará patente con sus votos.

### **La funesta doctrina de que todo ciudadano debe contribuir en proporción de sus haberes a los gastos del Estado. Males que acarrea**

El agravio gemelo al de dejar de considerar el valor de la tierra como caudal público es la proclamación de que todo impuesto es justificable siempre que se establezca en proporción a los haberes de cada individuo.

Esta doctrina corriente de la «capacidad de pagar» de cada uno es altamente inmoral porque no distingue entre los haberes procedentes de haber *servido* al público y los que tienen su origen en haber *robado* al público. Además produce los siguientes males: desgrava y fomenta el privilegio; grava y refrena la industria; hace de los Presupuesto del Estado un sistema de caridad pública obligatoria en vez de ser la honrada y digna recaudación de la renta pública natural. Cuanto más consiga su objeto sacando fondos en proporción a los haberes debidos a la industria, más se convierte en un sistema de expoliación grosera, o si se prefiere en otros términos, de caridad obligatoria.

Este sistema por muy legal que sea es desmoralizador pues produce tal confusión de pensamientos que lleva a recomendar como beneficiosos, impuestos como los de utilidades y herencias; sobre el capital y sobre toda clase de propiedad privada cuya seguridad queda así socavada, seguridad que hoy más que nunca se debe fortalecer en vez de debilitar.

El haberse aceptado tan facilmente esta doctrina de la proporcionalidad se debe a que detras de ella hay algo de verdad. Evidentemente ningún sistema de impuestos puede rehuir la condición de proporcionalidad. El funesto fracaso del actual sistema se debe principalmente a que al establecerle resulta que cae con espantosa desproporción sobre los pobres *burlando precisamente el principio fundamental con que quiere justificarse*.

En cambio si recurrimos al impuesto sobre el valor de la tierra veremos que es el único y largamente deseado impuesto que recae en proporción a las espaldas que lo han de soportar.

El impuesto sobre el valor de la tierra desnuda de mejoras es en primer término suficientemente justificado como contribución proporcional a los beneficios que otorga la sociedad. Es, sencillamente un pago en proporción a la *obligación* de pagar. Actualmente estos valores se los guardan los propietarios. Si abolimos todos los impuestos dejando solo este, se pondría el Presupuesto nacional sobre la base correcta y firme de la *obligación* de pagar por el valor recibido en vez de estar solo sobre la de la *proporcionalidad* de los haberes. Pero es que además estaría también de acuerdo con este principio que es justificable desde el punto de vista social y ético porque la posesión de la tierra o la de concesiones de servicios públicos, lleva consigo implícitamente la capacidad de pagar en la misma



proporción que lleva la de la obligación de pagar así como todo arrendamiento lleva consigo tanto la capacidad como la obligación de pagar la renta.

Las enormes fortunas a que apuntan los impuestos sobre la herencia y sobre las utilidades o rentas privadas con alguna razón, tienen su origen en alguna facultad de apropiarse el valor de la tierra. Se comprende, pues, que son ineludiblemente alcanzadas por este impuesto en la extensión en que deban ser justamente gravadas por impuesto alguno.

### **Necesidad de establecer el impuesto único**

Hemos visto como el impuesto único reúne las dos condiciones de cumplir con los dictados de los buenos sentimientos de que ha de recaer en proporción a la capacidad de pagar y con los inexorables de la moralidad de que ha de recaer en proporción a la obligación de pagar.

Entre los muchos méritos de este sistema se pueden citar algunos más como los siguientes:

Al recaudar por el impuesto este valor público se formaría una clara y firme noción de lo que es propiedad pública para distinguirlo en todo momento de lo que es propiedad privada. Este impuesto ni puede defraudarse ni endosarse; se tasa y recauda con el mínimo de gastos y sin recurrir a procedimientos inquisitoriales, exactamente y con la necesaria equidad.

Ved un impuesto que tiene todas las cualidades que se atribuyen al impuesto sobre las utilidades o rentas privadas y sobre las herencias sin tener ninguno de los inconvenientes de estos. Tendríamos un impuesto que sin gravar o multar la industria y el ahorro o cualquier muestra de la honrada actividad, aboliría el agravio social de retener tierras valiosas sin explotar o a medio uso, agravio que fomenta extraordinariamente el actual sistema de impuestos.

### **El efecto en la Agricultura**

Todos aquellos propietarios que explotando sus tierras al máximo de rendimiento, tuvieran que pagar más contribución por el solar o tierra desnuda de mejoras, se encontrarían compensados por la desgravación de los edificios y de toda clase de mejoras así como por la supresión de todos los demás impuestos sobre el trabajo, las mercancías, el transporte, el consumo, etc., etc. No digamos nada de la parte que le correspondería en la general prosperidad que se seguiría.

Pero en la mayoría de los casos se encontrarán los propietarios que explotan sus tierras al máximo, que la contribución territorial, lejos de aumentar, sería menor que la actual puesto que hoy se gravan la tierra y las mejoras, el producto, el trabajo y el capital.

Hay que citar expresamente la industria de la agricultura porque es muy corriente confundir el impuesto sobre el valor de la tierra con un impuesto sobre la tierra (tanto por pié, por metro cuadrado o por hectárea) con lo que muchos labradores que poseen grandes extensiones creen que quedarían arruinados por el nuevo sistema. Descarriados por este error tan lamen-

table, se oponen, naturalmente, con todas sus fuerzas a la reforma tributaria. Unos caen pronto de su error pero otros se atrincheran en él con feroz egoísmo y es necesario sacarles de su error tanto para su propio bien como para el bien general.

La reforma necesita los votos de los labradores tanto como ellos están necesitados de la reforma. Su ventaja comparados con los demás trabajadores la verán clara cuando consideren cuan poco vale la tierra agrícola sin mejoras comparada con los solares de las grandes urbes. Nótese también que hablamos de los que explotan directamente sus tierras, no de los de los absentistas que las arriendan ni de los intermediarios que las subarriendan. Para todos estos que no son más que especuladores la cosa es muy diferente.

### **El efecto en toda clase de trabajadores**

En cuanto a los demás trabajadores su ventaja en el cambio de sistema es mucho más patente. Como poseen poca o ninguna tierra no hay caso para la confusión en que incurre el labrador. Como inquilino (que es el caso general) pagará, naturalmente, el impuesto por la tierra que ocupa, como lo hace actualmente al pagar el alquiler que es todo lo que puede sacarle el propietario por lo que está seguro que no podrá aumentarlo ninguna reforma.

El impuesto único obligará al propietario a entregar al Tesoro una parte mayor que la que actualmente entrega del valor de la tierra que como hemos visto es un caudal público; por otra parte hará bajar los alquileres considerablemente por el aumento de edificación que sobrevendría al desgravar los edificios y al entrar en explotación tanto solar vacante. Añádase a esto que no habría que pagar nada por consumos, transportes, alumbrado, ni en fin, ninguna clase de impuestos o contribuciones y se verá claramente que nada más que beneficios pueden cosecharse.

Pero además de todo esto, tanto los trabajadores del campo como los de la ciudad ganarían mucho más por el aumento de demanda de trabajo y el consiguiente aumento de toda clase de salarios y jornales al entrar en explotación tanta tierra valiosa que hoy se retiene vacante o a medio uso. Con esta reforma se acabaría la ventaja de que disfrutaban los que se llevan la parte del león a sea aquellos individuos que no tienen otro título de contribuir al avance social más que el de propiedad de la tierra en que otros trabajan.

### **Los que se quejarán**

Las únicas personas que verían disminuidos sus ingresos (aunque temporalmente) al sustituir todos los impuestos por el impuesto sobre el valor de la tierra serán las pocas cuyos ingresos se derivan preferentemente del derecho antinatural de vivir de los fondos públicos o aquellos que persistieran en agraviar a la sociedad impidiendo que sus tierras se exploten al máximo de rendimiento.

### No hay porque temer al periodo de transición

Este periodo como el de convalecencia tiene que parar en buen resultado y así se verá por los que lo comprendan excepto, quizás, por aquellos que prefieran la vida enferma económicamente hablando y persistan en su empeño de ser servidos y mantenidos por otros.

Puede predecirse con seguridad que el público, que suele ser bondadoso, clemente y olvidadizo no volverá a tolerar la carga de sufrimientos que ahora soportan los explotados al par que industriosos trabajadores.

### Recapitulación

El valor de la tierra es un producto social. Justamente constituye una propiedad pública puesto que es un valor creado y mantenido por el público; por consiguiente debe ser recolectado por el público y gastado en usos comunes. Para realizar esto no hay mas que convertirlo en el capítulo único de ingresos de los Presupuestos de la Nación, de la Provincia y del Municipio.

Entresacamos dos de las innumerables ventajas que se seguirían; se tendría un sistema racional de impuestos y se lograría el mayor respeto para los verdaderos derechos de propiedad tanto pública como privada.

Considerando solo esta última ventaja bien merece que hagamos el cambio de sistema.

## La supresión del privilegio

Si, hay que mantener el orden; es deber de los Gobiernos, es exigencia de la vida social. Sin orden, dejaríamos pronto de ser nación para trocarnos en horda. Pero la defensa del orden no es la continuación de la iniquidad. Para reprimir con energía la violencia de los obreros, suprimase con igual brío la injusticia que favorece a los patronos. La paz no es el orden externo, la paz es el sosiego interior de los espíritus, fruto bendito de la equidad.

Los obreros no pueden imponer tumultuosa y airadamente sus reclamaciones. aunque son justas. En lanzarlos a ese camino está el error de sus directores y el testimonio de la insuficiencia mental de éstos. La queja del proletario es grito de dolor arrancado a criaturas humanas por un padecer insufrible y desesperado. Mas quienes se hacen intérpretes de esa queja ignoran los caminos de la liberación; no ven otro que el de la violencia y lanza la masa de los oprimidos a choques dolorosos é innecesarios para su causa. De este modo esterilizan la fuerza enorme de la organización obrera, bastante por sí sola para transformar, sin obra revolucionaria y en corto tiempo, la estructura social.

Las masas proletarias tienen la razón y tienen la fuerza; les falta la inteligencia. Por eso no han triunfado ya pacíficamente. Su ignorancia de los caminos de la liberación, el fracaso de tantas y tantas tentativas pasadas, los hace desesperar y los empuja a las rebe-

liones. Pero la obra de los Gobiernos, ¿puede llevar al ánimo de aquéllas la esperanza é infundirles fe en la iniciativa de los elementos directores? Hace muchos años que se les viene prometiendo alivio; los días corren, y ellos empeoran; el final va llegando. La vida es más cara; el trabajo es más incierto; la proporción entre lo que reciben y lo que tenían derecho a esperar del progreso común es más mezquina cada vez.

Los derechos políticos han fracasado; ningún alivio han traído al pueblo. No es que sean inútiles; es que son insuficientes. La libertad política no era más que el camino para la libertad económica. Y a esta se han opuesto conservadores y liberales. Hace mucho tiempo que unos y otros proclamaron que el régimen económico era substancia común al programa de ambos partidos, como si no estuviera en lo económico el campo donde eternamente se han dividido los hombres en partidarios del privilegio y defensores de la igualdad, y el privilegio en España impera triunfante y desenfrenado.

El socialismo de Estado, aquí y en todas partes, es absolutamente inútil. Ninguna ventaja permanente reciben de él los obreros. La única ley que podía serles verdaderamente útil, disminuyendo entre ellos la competencia es la que restringe el trabajo de las mujeres y los niños; esa ley no se cumple ahora ni se ha cumplido jamás, ni en España ni en parte alguna. La ley de accidentes del trabajo alcanza sólo a una mínima fracción de los obreros; no se extendió al campo, como dictada por conservadores, donde predominan los intereses territoriales. Ninguna otra puede ser útil a los obreros. Aun la de pensiones a la vejez, siendo fundamentalmente justa, acarrea disminuciones al salario de los no pensionados. Donde hay una ley que se cumple, es porque existe una fuerza obrera suficiente para hacerla cumplir. Donde el obrero es débil la acción del Estado es ineficaz.

Pero el obrero no necesita protección; tan sólo le hace falta que se levante la opresión. Y esta opresión, que va forzando más y más a la masa proletaria a agitaciones que cada año son más extensas y terminarán por descomponer este país y destruirlo, está sostenida por el privilegio. Es el privilegio que asiste a cuantos poseen algo de encarecer la vida, de restringir los medios de producción, de apoderarse de todos los resortes del Poder, de hacer más honda y dura la esclavitud del obrero, reforzando cada día la invisible cadena del hambre.

Para que los arrendadores de tierras perciban rentas enormes es menester que cada de 100 kilos de trigo, que valen 15 pesetas, paguen 10,50 de Arancel, haciendo subir casi al doble del pan. Para que los fundidores de hierro se enriquezcan y compartan con representantes políticos migajas de su caudal es preciso que el Arancel duplique el precio de cada clavo que usa el carpintero, de cada aguja con que la costurera se gana la vida, de cada pico con que el bracero remueve la tierra.

Para que los capitalistas azucareros no padezcan las consecuencias de un mal cálculo es preciso que cada kilo de azúcar que puede venderse en 40 céntimos, se recargue por el Arancel en 85 céntimos más de los cuales 35 son para el Estado, pero 50 para el capitalista.

Para que el bracero agrícola tenga que sucumbir a



un jornal misero es menester que la ley consienta a los dueños de millones de hectáreas que éstas sigan años y años sin cultivo. Para que los mineros puedan oprimir a sus operarios, es preciso que la concesión del Estado, dueño supremo de todas las minas, le otorgue la facultad de decidir si han de ser o no explotadas, y en qué medida han de serlo, atendiendo a su interés exclusivo, y no al interés común. No hay patrono que, directa o indirectamente, no reciba del Estado una prima, y el dinero para esa prima se toma del bolsillo del pobre, para el que no hay posible protección. Para los propietarios de barcos ha habido millones; para abaratar el alimento del desgraciado no se eliminan los derechos del Arancel, ni aún siquiera en aquellos artículos que en España no tienen similar.

Toda la protección del Estado es para el que posee; toda su opresión, para el que necesita ganarse la vida trabajando. Y la batalla entre los oprimidos y el privilegio tendrá que hacerse más dura y cruel mientras éste subsista. Las clases medias aunque víctimas también del privilegio de los poderosos, siguen ciegas. No ven que son utilizadas por el privilegio como masas que se interpongan y contengan la rebeldía de los más desvalidos. La fuerza, ¿de qué sirve? Aunque el privilegio, utilizando la fuerza aplastara a los obreros; aunque los venciera y desbaratara, la patria sucumbiría.

Si los dominan se irán; se acrecentará la emigración a América, la huida a Francia, y si todas esas puertas se les cerrasen, aumentaría la mortalidad. El hombre necesita comer y descansar, y cuando las condiciones de vida son insoportables sale por las puertas de la emigración o de la sepultura. Entonces la población española disminuirá. En los diez últimos años ha aumentando el 2 por 100; el término medio del aumento en Europa ha sido el 14 por 100. Si la masa proletaria sucumbe, sucumbiremos todos, porque sucumbirá la patria. Nuestro solar, nuestro sagrado solar, será lo que fué en el siglo XVIII lugar de tristeza y de dolor, campo abierto a todas las osadías de nuestros enemigos, a todas las injurias de aquellos que en años más venturosos habíamos, no sólo combatido, sino desafiado.

Contengamos el desorden. Mas para contenerlo definitivamente, para hacerlo imposible, en vez de hablar de huelgas revolucionarias, como si todas no lo fueran socialmente, y de inventar explicaciones circunstanciales en que no creen ni aun los propios que las dicen, seamos justos y honrados, seamos sinceros y firmes, suprimamos el privilegio también.

*Baldomero Argente*

## EL IMPUESTO SOBRE LOS BENEFICIOS DE LA GUERRA

Es un asco la inexperiencia de la gente o la farsa de sus sentimientos. Se arma un alboroto estúpido por esa ley del Ministerio de Hacienda, como si fuera a ser ley o, como si de serlo, se llegara a cumplir.

Lo más triste es la adhesión de ciertas personas; porque respecto al bullicio de las protestas ya sabemos que tienen dos objetos: alborotar solemnemente para

que el Gobierno retroceda algo o todo o se pase tiempo, y contribuir a la comedia de que se gobierna. En cuanto a las adhesiones, demuestran la inexperiencia más definitiva, como si la vida no pasara, como si los hechos repetidos no fueran desgarradores, no fueran tan duros como un garfio en la carne.

¿Pero es que creen esos españoles de la adhesión que va a ser ley eso y que, aún siéndolo, se va a cumplir y que, aún cumpliéndose, va a mejorar la Hacienda o a abaratar la vida española? ¿Pero creen que esas leyes aisladas pueden tener alguna eficacia? ¿No saben de sobra que es preciso empezar por el principio para todo y que es necesario una simultaneidad de leyes para cooperar a un fin dado, sobre todo para hacer nación y justicia? ¿Han visto que haya valido para algo la ley de subsistencias, la creación de Juntas y Comisiones, los proyectos y las mil farsas armadas, para abaratar el pan, el carbón, los transportes, etc.? ¿Pues no están viendo y sufriendo—pero ni el dolor se siente ya en la carne española—que para lo que han venido a servir discursos, Comisiones, Juntas, Dirección de Comercio, ha sido «precisamente» para encarecer más las cosas cada día, y para que haya un déficit de más de mil millones? Precisamente han servido para eso. Véase la prueba. Todo ha subido de precio: carbón, fletes, todo... Ahora se habla también de otra ley para el carbón. Estamos seguros que dentro de dos meses se venderá a 200 pesetas impunemente. Y que todo español que lo necesite para su casa y para su fábrica, tendrá que pedirlo de rodillas y dar todavía las gracias al minero porque tiene la generosidad de no cobrar a 300 pesetas, a 400 o 500. ¿Quién se lo impediría? ¿Con qué derecho? Es verdad. El Gobierno debe amparar el derecho de los tenedores de carbón, por ejemplo, pero creemos que debiera amparar también el derecho de los tenedores de sueldos y jornales: porque si un minero debe ser amparado en su derecho a vender, un empleado o un jornalero debe ser amparado en el derecho a que no le lleve el minero ni un céntimo más de lo justo. ¿Cómo el Gobierno mira por la ganancia del minero y no por la merma del jornal y del empleado?

### ***Para los pobres no hay Gobierno***

Esto es lo positivo y de esto está convencida toda experiencia seria. Nosotros hacemos lo posible desde hace tiempo ya por dejar arraigada en los pobres esta convicción. Nosotros estamos convencidos totalmente, absolutamente, sin ninguna esperanza, profundamente, desde cien generaciones anteriores, desde toda la historia, desde toda la naturaleza, como estamos seguros de la muerte—y más aún—que para los pobres no hay Gobierno aquí.

De esto es de lo que deben convencerse los pobres. Todos los expedientes que armen los Gobiernos serán para entretener el tiempo, para hacer pasar la crisis. Todas las Comisiones que se nombren serán inútiles, se las oirá, pero no se las servirá. Todas las Juntas que se organicen, serán para no servir a los intereses de los pobres, porque los pobres no tendrán acción sobre ellas. Si se trata de abaratar el pan, no se abaratará si en ello va una rebaja de ganancia a los tenedores del trigo o a los propietarios de transportes. Si se trata de abaratar el carbón, no se abaratará si hay que hacer algo para que el propietario de minas no aproveche

del todo la ocasión de su privilegio. Si hay que resolver un expediente para que se puedan hacer mil casas baratas a fin de que los pobres puedan vivir como hombres y no como sapos, se retrasará la resolución del expediente para que el propietario de las casas viejas y del terreno, no sufra daño en sus intereses. Si deben reformarse las tarifas ferroviarias, para poner en acción tierras productoras o para bajar de valor en un mercado tal producto, no se reformará nada si es que ello no conviene a la empresa transportadora. Si conviene hacer otra línea para que surja la concurrencia o para que haya más medios de transporte, no se hará, no se pondrá más dinero ni más tierra en producción—favoreciendo así a los pobres—si esa solución es perjudicial a tal grupo de capitalistas, etcétera, etc.

Hay que decidirse a la visión dolorosa de la verdad total y no tener ninguna esperanza. «Los intereses particulares son primero que los generales». No se abaratan los productos, porque los Gobiernos no quieren. No hay ninguna dificultad insuperable para ello, ni mucho menos. No hay más que la parcialidad, la defensa de los intereses de unos cuantos, de los privilegios de unos cuantos, «que no se quieren tocar». Hablan siempre de armonizar todos los intereses y de que esa es la gran dificultad técnica de la política y de la economía. Pero eso es una mentira vil, porque la armonía de ellos consiste en «no sacrificar nunca» los intereses de los terratenientes, de los grandes empresarios, de los ricos en general, y «sacrificar siempre» los intereses generales, los intereses de los pobres, no mirando por la defensa de los poquísimos ingresos que puede tener un trabajador, no haciendo que la distribución de la riqueza sea más equitativa, toque a más, proporcione más trabajo, se reconcentre en menos manos por privilegio y favores de leyes injustas, o justas, pero con trampa...

Los pobres no deben creer, pues, en nada: ni en Comisiones, ni en Juntas, ni en concejalías, ni en Diputaciones, ni en leyes ni en nada así. Todo ello viene habiéndolo años y siglos, y siempre de una manera «perfectamente inútil para los pobres». Cada día más ciencia, cada día mayor apelación a la religión cristiana, cada día más ferrocarriles, más fábricas, mayor producción en el campo y en las minas, y siempre lo mismo o siempre peor para la inmensidad de pobres. Ningún gobierno, ninguna religión les mejora la suerte: sigue habiendo casuchas horribles, cuevas de ratas para familias moribundas de hambre y de suciedad, niños—inocentes niños de Dios—tirados por las puertas de las calles, miles y miles de hombres sin trabajo en medio de la más espantosa indiferencia del Gobierno, de la Iglesia y de los grandes hombres ricos y de los grandes hombres del saber. Ahora mismo, y siempre, todo podía abarataarse, si quisiera el Poder. Ahora mismo, y siempre, todo el país podría ser un gran taller de trabajo en campos, en caminos y en fábricas, si quisiera el Poder. Pero siempre igual. El Poder consiente que la tierra sea de unos pocos, y que esos pocos la vendan cara o la tengan sin producir. Consiente que las minas de carbón y de hierro pertenezcan también a unos pocos y que por lo tanto sean caros esos dos productos fundamentales, dificultando así el trabajo. El Poder ha entregado también en pocas manos, en vez de tenerlos entre las suyas, los ferrocarriles, los tranvías, la tierra de las ciudades, los nego-

cios de fuerza para la producción, todo, en fin, lo que debiera ser fuente de trabajo y de distribución común, en vez de lo que es ahora objeto de monopolio y de fiera especulación. Entre los propietarios del suelo y del subsuelo y entre los propietarios de los caminos, de los saltos de agua y de las grandes fábricas que pueden dominar el Poder para disponer del privilegio arancelario: entre todo eso está la carestía, y contra eso tan injusto y fundamental no hay Comisiones que valgan, ni Juntas, ni Alcaldías, ni Diputaciones, ni discursos de tal o cual hombre de las izquierdas.

Para los pobres no hay Gobierno, ni los pobres van a delantar nada siguiendo el sistema de los partidos políticos, como hasta aquí. Tienen que pensar en otra cosa, o perder la esperanza del todo, o resignarse definitivamente y esperar en la otra vida o buscar el goce en el misticismo de la pobreza y del dolor de la injusticia. Cualquier cosa menos creer en que se gobernará para ellos, teniendo el Poder y los mismos partidos de la izquierda, puntos de vista tan viejos, tan injustos y tan rutinarios. La verdad verdadera es que si no hay abundancia de trabajo, consiste en que el Poder no quiere. La verdad verdadera es que cuando un producto de primera necesidad está caro, consiste en que el Gobierno no quiere lastimar intereses particulares y de amigos. La verdad verdadera es que todo expediente para resolver estas cosas, es un expediente de mala fe y hecho con el exclusivo objeto de que no haya soluciones y de que el tiempo se vaya encargando de resolver las crisis. La verdad verdadera, para los pobres, es que los Gobiernos no resuelven las cosas en beneficio y en justicia generales, porque no se atreven, porque los Gobiernos son compuestos de hombres de las clases privilegiadas y «porque, además, no saben». La verdad verdadera para los pobres es que todas las leyes son en contra de ellos y las que están hechas en su favor son leyes hipócritas, que tienen la trampa del influencismo.

Ramón Sánchez Díaz

## Los paliativos no resuelven nada

### Vayamos a la raíz

Cuando se agudiza un problema es el momento oportuno para resolverlo. En España no son nuevos los problemas que mueven a los obreros en rebeldía, tampoco lo son los problemas de las viviendas y las subsistencias. Son el eje alrededor del cual giran todos los demás problemas sociales. Los medios propuestos hasta ahora por magnánimos corazones que en trance de caridad aman al prójimo, no son sino una complicada organización de defensas parciales, particulares en cada caso, que vienen sosteniendo al monstruo, reconocido y aceptado por todos, aunque sus distintas manifestaciones espanten. Es la pobreza el enemigo que se trata de combatir; la pobreza es el monstruo de cien cabezas, asesino de las sociedades modernas y enemigo permanente de la armonía y de la vida. Ir buscando para cada una de sus múltiples derivaciones un remedio, es el mayor de los disparates.



Asociaciones de caridad, dispensarios antituberculosos, de niños de pecho, de protección a la infancia, hospitales, asilos, casas de caridad, barriadas obreras, cooperativas y todos los demás remedios patrocinados por una caritativa intención, como cocinas económicas, limosnas, etcétera, etc., no han suprimido ni suprimirán jamás un solo pobre. Consuelan un momento; pero no sanan. El tísico pobre, es primero pobre y luego tísico: es primero la cura de la enfermedad pobreza que la de la tisis; el niño de pecho será muy bien criado en el consultorio; pero no es el consultorio el que debe criar bien al niño, sino la madre: el hospital cuidará muy bien a los enfermos; pero los deben cuidar mejor sus familias en sus casas. Más claro. El rico se resuelve muy bien todos sus problemas; el pobre no se resuelve ninguno, porque el principal, del cual dependen todos los demás, es el de la pobreza. Si aceptamos la existencia de estas dos condiciones de los hombres, de estos dos estados, de estas circunstancias, todo intento de redención social será inútil; es decir, si aceptamos la condición de pobre para unos hombres, tenemos que aceptar todas las infamias que de la pobreza se derivan. Si no aceptamos esas infamias, tenemos que revolvernó contra la pobreza: no contra las distintas manifestaciones de la pobreza, sino contra las causas y las circunstancias que obligan a los hombres a ser pobres, que no es igual. De aquí parte el error fundamental de las obras caritativas: van contra la manifestación hambre, hogar, desnudez, enfermedad, etc.; pero no contra lo esencial, que es la pobreza, que impide al pobre atender a su alimento, a su vestido, a su domicilio y a su enfermedad.

Estas energías, gastadas en esa oficiosidad improductiva, son las que tenemos que recoger para combatir al monstruo.

Pero el ser pobre no afecta más que a ellos, a los pobres, de un modo directo, en el todo social, y se supone frecuentemente, aun entre ellos mismos, que la pobreza es el acicate único para sostener la lucha, y esto no es verdad, porque lo que hace la pobreza es sostener la lucha fratricida de uno contra otro, por el miedo que infunde; pero no la verdadera lucha, que es del hombre con la Naturaleza, para dominarla y servirse de ella. Para eso no es preciso ser pobre ni desgraciado; el hombre viene al mundo capacitado para luchar y vencerla, sin necesidad de tan indigno acicate.

Problema de la vivienda, problema de las subsistencias; pero, ¿problema de quién, de los ricos o de los pobres? Es el problema de los trabajadores pobres, de los obreros, de los humildes, de los que trabajan, de la España real, que se muere de hambre. ¿Y qué han hecho las organizaciones sociales de todos los órdenes para resolver estas manifestaciones de la pobreza? El fracaso de todos los remedios propuestos es evidente; ninguno de ellos va dirigido contra el corazón del monstruo, sino contra sus distintas manifestaciones, como decía antes, y de nada sirven.

El problema de la vivienda, el de las subsistencias y todos los demás que agitan a los hombres no son sino manifestaciones distintas de uno solo: el gran problema de la pobreza. El que dispone de lo necesario a sus necesidades materiales e intelectuales no será rico, pero tampoco es pobre. Yo creo que tiene

que existir un límite que separe, una línea a través de todas las situaciones el punto en el cual termina el pobre y comienza el rico.

Los hombres admiran lo que desean. El deseo no puede contenerse en una regla fija, en una medida de determinado espacio; es amplio e infinito como la inteligencia humana, es noble y legítimo contenido de las facultades del hombre. Nada hay de sórdido y vil en el deseo y aspiración de la riqueza, en tanto en cuanto aumenta los poderes y facultades del individuo. Ser rico, es serlo todo en el mundo, y a la conquista de la riqueza se lanzan inteligencia y corazón con el mayor anhelo. Nada más justo, nada más humano y, sobre todo, nada más noble y digno de un ser superior como es el hombre. Estimo que el deseo de poseer todas aquellas cosas de que disfrutaban los ricos, de disponer de todos los medios de que ellos disponen, de ser considerado, preferido, admirado, mimado por las mayores atenciones y respetos, ser influyentes, generoso, caritativo y, como remate, bueno, inteligente y culto, son cosas que todos deseamos, que todos apetecemos y que no puede haber una ética que se oponga a este natural deseo. ¿Por qué, pues hemos de condenar a los ricos?

No; cuando en las formas hiperbólicas de su lenguaje oriental decía Cristo que era más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de los cielos, significaba que en el reino de justicia que El predicó no podía existir esta categoría de rico. Planteaba la cuestión en términos de moralidad, y no podía aceptar estos dos, de rico y pobre. Indudablemente existe una gran confusión ética y moral sobre la aceptación de estos dos términos. La existencia de una clase de ricos, que posea y disponga de muchas más cosas de las que necesita, la suma opulencia, el lujo y despilfarro de una clase, supone en otra la carencia de aquellas cosas más indispensables y necesarias; es decir, que la existencia de una clase de ricos supone la de otra de pobres, y viceversa, y esto no es moral.

He llegado al punto culminante de donde parten todas las confusiones que embrollan esta gran cuestión; digo que la existencia de una clase de ricos no es moral, porque a ella corresponde otra clase de pobres, y, sin embargo, el deseo y el afán de poseer y disponer de riqueza, es moral. ¿En qué quedamos? George arroja una luz clarísima sobre esta cuestión. Busquemos—dice—el punto medio, desde el cual lo que llamamos pobreza y lo que llamamos riqueza tienen que partir. Tiene que existir, como decía antes, una línea que a través de todas las situaciones en que se encuentren los hombres, determine de un modo claro el punto de partida de estas dos circunstancias, y si ahondamos un poco daremos con ella.

Reduzcamos a la categoría de servicios las distintas actuaciones en que los hombres emplean su actividad en la vida, y el problema queda resuelto. Los servicios que un miembro cualquiera de la sociedad humana preste o desee prestar deben ser equivalentes a los que de la sociedad reciba. Esto es lo que Confucio expresaba con la áurea palabra «reciprocidad». Esta es la línea recta y equilibrada, que está deshecha. Aquellos que prestan más servicio de los que reciben, serán los pobres; aquellos que reciben más servicios

de los que prestan, serán los ricos. El equilibrio está roto, la ley de la fraternidad de la libertad y de la igualdad entre los hombres; está burlada; la justicia está encarnecida, el orden no puede tener lugar porque unos dan más de lo que reciben, los pobres, y otros reciben de la sociedad más de lo que dan, los ricos.

Friamente sostenida esta sencilla verdad, veremos desvanecerse como por encanto los graves conflictos que amenazan constantemente a las sociedades modernas; pero he ahí la gran dificultad.

A cualquiera de los que me lean los más buenos, desinteresados e inteligentes, se les ocurre pensar, leyendo estas cosas, a lo sumo que no está mal, pero que estos son idealismos, y, sin embargo, tendrán que convenir conmigo que mucho más idealistas es pensar en procurarse una vida equilibrada en el seno de una sociedad que no lo está.

Pero, ¿cómo puede establecerse ese equilibrio que permita a los hombres ser ricos sin hacer pobres, siendo morales al mismo tiempo? ¿Cómo puede establecerse esa «reciprocidad» mediante la cual un miembro cualquiera de la sociedad humana reciba exactamente lo mismo que dé?

Esa es la obra de constitución encomendada al Titán: sencilla, fácil, clara como un despertar del día. La indiferencia y la ignorancia podrán retardar el advenimiento de estas sencillas verdades; pero la semilla está lanzada al surco; tarde ó temprano, más pronto quizás de lo que pudiera esperarse, el fruto inundará las ciudades y los campos, y entonces no será considerado como idealismo, ni como utopía, lo que la ciencia y la justicia hace tanto tiempo reclaman.

*Ratael Ochoa.*

## LOS PROTECCIONISTAS

La guerra está dando motivo a disquisiciones de carácter económico y a las más variadas elucubraciones del pensamiento.

Suponen los políticos que las naciones se dividirán en grupos y que, terminada la sangrienta pugna, vendrá una lucha de intereses económicos entre ellas, derivándose de todo esto en lo sucesivo nuevas matanzas de hombres.

Los economistas estudian y discuten esa desconsoladora hipótesis, aprestándose unos a señalar procedimientos para la lucha industrial y comercial, declarando indispensable el proteccionismo, y afirmando otros la quiebra de los sistemas guerreros y el triunfo del libre cambio entre todos los pueblos del orbe.

Los primeros creen que las sociedades seguirán gobernadas por oligarcas negociantes faltos de sentido moral.

Estiman que una empresa industrial cualquiera o un grupo de especuladores seguirá dominando el pensamiento de los oligarcas e impondrá crecidos aranceles aduaneros y exorbitantes gastos en elementos de guerra.

Ven muy claro que los beneficios de los empre-

sarios protegidos por el arancel y las ganancias de los especuladores saldrán del capital y del trabajo interior y a esto llaman sistema proteccionista; lo es realmente, sistema proteccionista y protector de los que quieren vivir a costa de sus connacionales, obligándoles a comprar lo que ellos producen, más caro que el extranjero.

Creen que la ley será hecha siempre en cámaras representativas constituidas por caciques nombrados a gusto de los oligarcas.

Esperan que el afán de dominio de un soberano o de unos cuantos desalmados políticos, no tendrá nunca el freno del pueblo desengañado y harto de dar su dinero, su trabajo y su sangre.

Han hecho del patriotismo una engañifa declarando que para ser buen patriota es necesario querer extenso dominio colonial y actuación de señorío en la patria del prójimo.

Para ellos el patriotismo no es la paz de la patria, no es el imperio de la voluntad de los más, no es el régimen sabio que deje a cada compatriota el producto de su capital y su labor.

Para ellos el patriotismo no consiste en producir competentemente y distribuir con justicia, de modo que todos tengan trabajo y ninguno hambre; no consiste en la libertad de comprar lo que convenga, bien sea producto nacional o extranjero; no consiste en cuidar el interés, la salud y la vida de sus compatriotas todos. Para ellos el patriotismo es engrandecer a toda costa los negocios protegidos, pero a condición de que si en esa forma de amar a la patria hay que arriesgar la vida, deben arriesgarla solamente los infelices, cuyo negocio se extiende a... trabajar por un salario que nunca sube, por mucho que suban las ganancias de los negociantes proteccionistas.

Los políticos profesionales, los hombres de presa de alta escuela, los que viven del capital ajeno y del trabajo del prójimo; esos son los apóstoles del proteccionismo; ¡esos son los patriotas!

Y el que anhela vivir en paz, comprar lo que necesite a quien lo venda en condiciones más económicas y asegurarse una verdadera competencia para hallar mercado a sus productos; el que no quiere explotar a sus connacionales obligándoles a adquirir a alto precio lo que en otro país se puede comprar más barato: el que respeta la patria del extranjero y detesta la guerra; el que labora porque no se arrebate a nadie a favor de leyes, aranceles, exclusivas, monopolios, etc., el producto de su trabajo, ¡es un mal patriota!

\* \*

Pero si damos por seguro e indiscutible que la patria se engrandece aceptando el sistema proteccionista y atacando a la patria del prójimo cuando éste no se avenga al extraño dominio, ¿no admitimos implícitamente la soberana voluntad del extranjero más fuerte que nosotros?

Si creemos y sostenemos esa teoría, ¿no reconocemos la existencia de un derecho a que se nos conquiste y se nos domine?

¿En qué estriba entonces el patriotismo de los



pueblos débiles? ¿Acaso estriba en preconizar ese bárbaro error? Y si está fuera de duda que el fuerte debe y puede, cuando le convenga, atacar al débil, ¿no será el débil un idiota sacrificándose en una guerra contra el poderoso? ¿Cómo exaltaríamos el ideal de morir en defensa del territorio patrio si a la vez admitimos que todos los territorios pueden y deben ser conquistados por el que se considere necesitado de ellos y con fuerza para realizar la conquista?

Eso es lo que proclaman los partidarios del proteccionismo. El patriotismo es para ello un comodín, una careta que oculta sus intenciones, un disfraz de sus inconfesables apetitos.

Proteccionista es el que compra un derecho arancelario para imponerlo, por ejemplo, al azúcar, con el fin de que sus compatriotas le compren el azúcar que fabrica él y vende él al triple del precio justo. Ese proteccionista, ¿a quién protege a cambio de la protección que disfruta?

¿Es un patriota que protege el trabajo nacional quitando a los consumidores dos duros por cada arroba de azúcar que le compran y votando y gratificando a los políticos que le dieron y le conservan el arancel?

No se entiende por proteccionismo que los consumidores—casi todos los hijos de una patria—comprenden el azúcar más barato que en el extranjero; proteccionismo es que todos paguen tres o cuatro veces el valor de la mercancía.

Pagan todos y cobra uno. Ese es el proteccionismo.

¿Pero por qué los negociantes del proteccionismo hallan quien a cambio de un salario miserable trabaja y les rinde el producto íntegro de su labor?

Porque la mitad de la tierra cultivable de España no se cultiva; porque se carece de trabajo y de ahí la numerosa emigración que diezma la población de no pocas patrias.

¿Y por qué se carece de trabajo, habiendo tanta tierra inculta? Porque no se quiere obligar al cultivo de las tierras cultivables y se prefiere al bienestar general la especulación del suelo y de sus productos, especulación que únicamente beneficia a los acaparadores y a los políticos de oficio.

Pero esta situación ya insostenible que niega hasta la doctrina de Cristo y hace de la libertad política un derecho ilusorio, puesto que da a unos hombres el privilegio de la tierra y les hace árbitros de los salarios de los demás, que así son esclavos del poderoso y del hambre, cesará muy pronto.

Un impuesto sobre el valor del suelo hará que los amos de la tierra la retiren de la especulación y la pongan en cultivo; que habiendo tierra abundante y accesible a los trabajadores, los poseedores de capital se asociarán a los obreros manuales para la explotación de las tierras; aumentarán los salarios; se multiplicará la producción y por consecuencia lógica bajarán los precios de las subsistencias.

Y así los hombres tendrán libertad económica y libertad política de hecho que les permitirá no deshonrar como hoy deshonran el sufragio en las

elecciones, y serán los representantes del país y los consejeros de la Corona hombres inteligentes y honrados, no acaparadores de los puestos políticos, negociantes de aranceles aduaneros, conservadores de monopolios, encubridores de fraudes e hipócritas enemigos de la paz. No habrá proteccionistas de uno contra todos, sino proteccionistas de todos contra los pocos que quieran volver las sociedades humanas al estado primitivo de incivilización y barbarie.

\*  
\* \*

Las ideas en cuanto afectan al proteccionismo son generalmente desconocidas.

Se ha procurado siempre retirarlas de la circulación para que no lleguen al pueblo. Los proteccionistas se han dedicado no a esclarecer el pensamiento de las gentes, sino a confundirlo.

La historia está llena de mentiras que pasaron por verdades y engañaron a la mayoría de las gentes.

El interés particular prevaleció casi siempre sobre el interés colectivo, y muchas veces la gran mayoría de los hombres sacrificó hasta la propia vida en defensa de un interés particular creyendo que les beneficiaba, cuando real y verdaderamente sólo beneficiaba a una minoría por pequeña insignificante.

Eso es lo que ocurre con el proteccionismo. El sistema proteccionista es el más injusto y el más inmoral de todos los sistemas de carácter económico; es el procedimiento más falso si con él se busca la prosperidad de un país. El proteccionismo es el medio explotador más duro y más ajeno al sentimiento de humanidad; es el más refinado trasunto del egoísmo; es el trabuco de que se valen los que quieren impunemente despojar de la bolsa y de la vida al prójimo: es el contubernio entre el industrial inepto e incompetente y el político venal; es la ruina de la patria; es la esclavitud; es la guerra.

Ningún hombre puede ser proteccionista sin admitir por lo menos, la conveniencia de conservar los aranceles de aduanas, que encarece todo lo que compramos.

Nadie puede ser proteccionista sin admitir, por lo menos, que un vividor cualquiera pueda comprar a diez pesetas la fanega de trigo que los labradores tienen sembrado y venderlo después de la recolección a veinte pesetas, gracias al arancel de Aduanas que sube el precio del trigo.

Nadie puede ser proteccionista sin admitir la posibilidad, tantas veces convertida en realidad visible, de que un gobernante suba y baje el arancel a petición de los que so pretexto de abastecer el mercado interior o de proteger a la agricultura nacional, se enriquecen con el sobreprecio que fijan a la mercancía.

Nadie puede ser proteccionista sin estimar posible que un especulador se ponga secretamente de acuerdo con un ministro para que por medio de una elevación del arancel se haga pingüe negocio vendiendo géneros acaparados previamente.

Ningún hombre honrado puede ser proteccionista sin aceptar la probabilidad, por lo menos, de que un grupo de industriales, competentes o no competentes, establezca, por ejemplo, una fábrica de sacos y para enriquecerse con facilidad y pronto los venda a exorbitante precio, valiéndose de un arancel prohibitivo para los sacos del exterior.

Ningún hombre honrado puede ser proteccionista sin creer que los consumidores de sacos son muchos y tan dignos de atención como el fabricante, lo que no justifica por cierto que los consumidores paguen a precio elevado los sacos que, sin el arancel, comprarían más baratos en otra parte.

Ningún hombre honrado puede ser proteccionista sin creer que hay muchos millones de españoles a quienes gusta la carne y no pueden comerla porque el arancel de aduanas impide que venga ganado del extranjero y permite que los especuladores de España fijen a la carne un precio exagerado.

Nadie puede ser proteccionista sin admitir la posibilidad de que a favor de los aranceles de aduanas se haga contrabando y se procure sobornar y se haya sobornado a los funcionarios de aduanas.

Nadie puede ser proteccionista sin admitir el privilegio.

Nadie puede ser proteccionista sin decir que los aranceles de aduanas facilitan la existencia de industrias en las que hallan trabajo muchos obreros. Lo que no dice el proteccionista es que por muy elevado que el arancel sea nunca sube el salario; siempre el obrero trabaja por lo menos que necesita para no morir de hambre aguda, que es precisamente lo que le empuja a morir anémico o tísico. No dice el proteccionista que el obrero trabaja por salario insuficiente porque abundan los obreros sin trabajo. Tampoco dice el proteccionista que hay sobra de brazos parados porque, aunque todos los trabajadores quieren trabajar, no se les permite aplicar su trabajo a la tierra, monopolizada por el perro del hortelano que ni la cultiva, ni permite que el prójimo la cultive.

Tampoco dice el proteccionista que el proteccionismo origina las guerras, porque las naciones ansiosas de dominio y apoyando a los que no pueden conquistar mercados a causa del arancel, derrumban las banderas arancelarias a cañonazos y llevan a la muerte a miles de hombres que aun logrando la victoria y quedando vivos seguirían esclavos de la miseria.

\*\*\*

Por fuerte que sea el proteccionismo; por aislador y explotable que parezca el arancel de aduanas, existe y existirá más cada día, una interdependencia económica entre los pueblos con fronteras o sin ellas, próximos o distantes.

La perturbación económica de un país cualquiera repercute en los demás países; hay solidaridad indestructible entre las colectividades y entre los individuos todos; solidaridad de intereses tangibles y de intereses morales; el dolor de una injusticia social se extiende a todo el mundo y deja

aunque no sea más que una gota de hiel en los labios y en los corazones.

\*\*\*

Después de la guerra que hoy perturba al mundo, volverán, sí, los proteccionistas a la lucha; pero las fabulosas deudas que han echado sobre los pueblos arruinándolos, la reconstrucción de lo que han destruido y las fortunas que han amasado con la sangre de millones de hombres y con las lágrimas de incontables huérfanos, clamarán eternamente pidiendo libertad y justicia y no más protección que la del cielo.

R. J. Guarddon

## Como funcionan los monopolios

### El escándalo del papel

La sindicación de todas las fábricas de papel de nuestro país y el aspecto que venía tomando la guerra mundial en la cuestión de los fletes, indujeron a las empresas periodísticas barcelonesas a tomar la iniciativa de aprestarse a la defensa de los intereses de la clase, a cuyo efecto comenzaron los trabajos en Enero de 1915, poniéndose en relación con todas las empresas periodísticas de España, las cuales secundaron con positivo entusiasmo la actuación de los representantes de Barcelona.

El mes de Enero del propio año, el «trust» papelerero, que lleva la razón social de «Central Papelera», impuso un aumento en el precio del papel, y unificó los precios a todos los diarios. Algunos meses después, en el mes de Mayo del propio año, anunció un nuevo aumento.

Por aquellos días, puestos de acuerdo los diarios barceloneses con todos los de la nación, y en representación de los mismos la ponencia que al efecto fué designada, trasladóse a Madrid, precisamente invitada por los fabricantes de papel, para celebrar una entrevista y ver de hallar alguna solución que armonizase los intereses del productor y del consumidor.

La gestión fué bastante laboriosa. La representación de la Prensa barcelonesa había hecho sus trabajos preliminares, de los que resultaba que en España el papel se pagaba a precio más alto que en las demás naciones europeas a causa del margen protector arancelario que disfruta el papel, puesto que el extranjero, de la clase destinada a la confección de periódicos, satisface por derechos de Aduanas 8'50 pesetas los 100 kilos, y claro está, siempre que alguna empresa periodística ha tratado de adquirir papel en el extranjero, ha tropezado con esta partida arancelaria que reviste los caracteres de prohibitoria, y solo así se explica lo que siempre ha ocurrido, esto es, que importando las primeras materias para la fabricación de papel o sea las pastas, lo mismo Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, etc., y por consiguiente hallándose en las mismas condiciones que Espa-



ña, en los citados países el precio del papel en el mercado era más bajo que en el nuestro en cantidad de 8'80 pesetas por 100 aproximadamente, o sea lo bastante para que las empresas periodísticas españolas no pudieran adquirir papel extranjero, por cuanto el mismo venía a resultar a igual precio que el de fabricación nacional, y aunque en alguna ocasión resultaba algo más económico el extranjero, la baja no compensaba los inconvenientes que trae consigo el provisionarse fuera del país.

Este escandaloso márgen protector, es también una de las causas que explican el que otros países europeos, y singularmente Italia y Francia hayan arrebatado a España el mercado de libros de América, puesto que las casas editoras de los países citados, imprimen libros españoles en cantidad muy superior o España y pueden ofrecerlos más económicos; y no precisamente por que la mano de obra ni los medios de composición sean allí más económicos, sino porque la primera materia; el papel, resultaba a más bajo precio.

Por esta razón, los representantes de las empresas periodísticas barcelonesas encaminaban sus trabajos a la obtención de la partida arancelaria que grava el papel extranjero, y de ahí que los fabricantes trataran de ponerse en contacto con los citados elementos, que por entonces representaban a toda la Prensa de España en este aspecto, a fin de hallar una solución de concordia.

Y la solución fué hallada, aunque momentáneamente.

Las concesiones obtenidas fueron las siguientes:

1.º Exclusión de la Prensa diaria del aumento de precio acordado respecto a los diarios, rigiendo para los mismos los precios que cada uno pagaba en aquella fecha (8 de mayo) salvo el caso, «no probable», de que por carencia absoluta de primeras materias fuese obligado el aumento, en el cual caso la Central Papelera avisaría con dos meses de anticipación.

2.º Rebaja de tres pesetas por 100 kilos para cuando se estableciera la normalidad sobre el precio que rigiera en el mercado, es decir, que de las 8'50 pesetas por 100 con que está gravado el papel extranjero, obtendrían los periódicos una rebaja de tres pesetas ya fuese tomando por tipo el precio del papel extranjero puesto en la plaza respectiva, ya sobre el precio que rigiera el mercado nacional.

3.º Nombramiento de una Comisión mixta formada por representantes de la Central Papelera y de la Prensa diaria respectivamente encargada de aplicar esta solución y solucionar los inconvenientes que pudieran surgir.

Adoptados provisionalmente estos acuerdos, la ponencia de Barcelona los puso en conocimiento de todos los diarios de España, los que unánimemente aceptaron y dieron la mejor acogida a los mismos.

Pero la representación de la Prensa diaria barcelonesa, sobre la cual venía pesando un trabajo bastante laborioso, se propuso eludir toda sospe-

cha de que pretendía recabar o monopolizar la representación de toda la Prensa española, al cual fin y previa consulta con sus colegas, convocó una Asamblea general para el mes de Noviembre del año último, ante la cual dió amplias explicaciones de toda su gestión, así como hizo entrega de toda su documentación encomendando a la misma la misión de continuar la tarea, y recabó para sí misma para la prensa barcelonesa, el reparto de los gastos ocasionados en una actuación de veintidós meses.

De cuanto ocurrió en la asamblea de Madrid, de los acuerdos en ella adoptados, se hicieron eco todos los periódicos. La unión de todas las empresas periodísticas españolas quedó allí sellada por la concurrencia y el entusiasmo de casi la totalidad de la Prensa diaria española, pues si algunos, muy pocos, no se sumaron a ella, fué alegando la existencia de compromisos especiales con el «truts» papelerero, y haciendo constar no obstante su conformidad a cuanto hizo la Asamblea.

Desde entonces hasta el presente, o sea desde la celebración de la Asamblea de Madrid, el problema del papel se ha agudizado en grado superlativo.

La Central Papelera comenzó a notificar a los periódicos que sea veía obligada a subir los precios. Los representantes del Comité Central, «sin tiempo sin duda para requerir la opinión y el concurso de los delegados de las regiones», nombraron una ponencia compuesta por don Torcuato Luca de Tena, propietario del «A B C», don Antonio Sacristán, inspector gerente de la Sociedad Editorial Española y don Leopoldo Romeo, director de la «La Correspondencia de España». Estos señores celebraron diversas conferencias con la representación de los fabricantes de papel, fruto de las cuales, sancionado por el Comité Central, fué el acuerdo o comunicación del 10 de Mayo último cuyos principales extremos son los siguientes:

1.º Que antes de fijar los aumentos que se impondrían a los periódicos, se fijase como punto de partida, o sea como precio inicial el que tenía cada periódico antes de la guerra.

2.º Nombramiento del ingeniero de caminos don Enrique Colás en calidad de árbitro, para que este señor todos los meses determinara el precio que deberían satisfacer los periódicos.

3.º La Central Papelera ofrecía alguna modesta rebaja a los periódicos que se avinieran a pactar con la misma un convenio de cinco años por lo menos.

4.º Al terminar las circunstancias extraordinarias que hoy dificultan las industria papelera, el precio que satisfarán los periódicos, será el que rija en el mercado extranjero, más «ocho pesetas» los 100 kilos, es decir, que del impuesto arancelario que grava el papel extranjero rebajan la fabulosa suma de «dos reales».

De las condiciones pactadas entre el Comité Central y la Central Papelera, se desprende lo siguiente: Por la primera se echa abajo la igual-

dad de precios alcanzada en 1.º de Enero del año anterior, y mientras obtiene determinadas ventajas aquellas empresas que se encontraban en condiciones especiales, los periódicos modestos que no gozaban tales privilegios se encuentran altamente desproporcionados aún con aquellos mismos con los cuales algunos meses atrás se encontraban en igualdad de condiciones, dándose el caso extraordinario de haberse dado efectos retroactivos que lesionan derechos adquiridos a muchos y muy importantes periódicos.

Por el segundo extremo del convenio, el Comité Central nombró un arbitro que ha sido encargado de imponer los aumentos a los periódicos, librando al «trust» papelerero de las contrariedades que forzosamente tenían que proporcionale los sucesivos y fabulosos aumentos.

Por el tercer extremo, los periódicos españoles que se habían puesto enfrente del «trust» del papel y luchaban por la desaparición de la partida arancelaria que grava el papel extranjero, pueden encadenarles de nuevo a la sindicatura de fabricantes por cuanto todos ellos, desde el más alto al más bajo, se han visto obligados a suscribir los contratos.

Por el cuarto extremo, queda derogada aquella concesión que en Mayo del año anterior había obtenido la Ponencia de Barcelona, o sea la de pagar únicamente cinco pesetas sobre el papel extranjero cuando se restablezca la normalidad; ahora se pagarán ocho.

Por último, aquella Comisión mixta que según el convenio de Mayo del año anterior que tenía que dirimir las diferencias que surgieran entre los fabricantes y los periódicos, quedó desaparecida, y al arbitro se le concedieron facultades absolutas para que determinara los aumentos, como así ha sucedido, aumentos que ya ahora, en este mes de Junio, resultan del 100 por 100 sobre los que los periódicos pagaban el año 1914.

\* \*

Este es resultado práctico y positivo de las gestiones sucesivas a la celebración de la Asamblea.

Todas aquellas promesas del jefe del Gobierno, toda la actuación del director general de Comercio, así como los ofrecimientos del marqués de Comillas, todo ha sido agua de borrajas, y los periódicos todos se hallan expuestos a suspender su publicación, por estos dos extremos; O POR CARRER DE PAPEL, O POR TENER QUE PAGARLO A PRECIOS TAN ENORMES QUE LO HACEN IMPOSIBLE PARA LAS EMPRESAS PERIODISTICAS.

Pero aún hay más en este escandaloso asunto: todas las componendas y arreglos han sido tratados entre la prensa diaria y el «trust» papelerero. La prensa no diaria y todas las demás industrias del arte de imprimir no son tomadas en consideración y son tratadas con el mayor desprecio. Todos los meses reciben el aviso de que el papel ha subido de precio tres o cuatro céntimos en kilo y anuncian que en lo sucesivo la subida será de 7 y 8 céntimos en kilo.

De modo que para buscarse la complicidad del silencio de la gran prensa no le suben los precios y ya seguros de que nadie ha de protestar o de que las protestas no se oirán, imponen precios escandalosos con una avaricia sin límites.

Las fábricas de papel que no están asociadas reciben del «trust» una considerable prima para que no establezcan la competencia. Ejemplo: según leemos en EL PROGRESO de Barcelona la fábrica de papel del periódico LA VANGUARDIA percibe anualmente del «trust» papelerero en concepto de prima la cantidad de «sesenta y cinco mil pesetas».

¿Quieren Vd. saber que medidas ha tomado el Gobierno para suprimir tan escandalosos abusos? Cualquiera creería que se aprestaría a reducir el enorme derecho arancelario única medida que puede arreglar esto. Pues no señor, los curanderos han aplicado el siguiente ungüento:

Se ha publicado una Real Orden de Hacienda, disponiendo:

Primero.—Que se cree una comisión presidida por el representante de Gobierno o por la persona en quien delegue, y de la que formará parte como vocales, en representación de los fabricantes de papel, don Nicolás María Urgoiti de la Central Papelera. Don Virgilio Sagues, de la Liga de Fabricantes de papel de Cataluña; y don Pedro Virozan, de la Asociación de papel de Guipúzcoa; y en representación de las Artes del Libro y Editores, don Mariano Nuñez Samper, de la Asociación General de Librería de España; don José Sánchez Ocaña, de la Unión Patronal de las Artes del Libro de Madrid, y don José Rodríguez de Llano, de la Unión Patronal de las Artes del Libro de España.

Segundo.—Que esta Comisión examine y resuelva sobre las reclamaciones que se formulen por las partes interesadas en lo que se refiere a los pedidos y fijación de precios, proponiendo si necesario fuese las medidas que juzgue oportunas con respecto a la exportación de papel y cartón sin labrar; y

Tercero.—Que los administradores de Aduana remitan una muestra de cada partida de papel o cartón que se exporte, acompañada de una nota comprensiva de su nomenclatura arancelaria, cantidad exportada, procedencia y nombre del exportador.

## Ideales económicos de Rivadavia

### La Argentina, Cuna del Impuesto Unico

La República Argentina puede reclamar el honor de haber sido, con Francia, la cuna de las ideas del Impuesto Unico en el mundo.

Esa gran reforma concebida a fines del siglo XVIII por aquel grupo de geniales pensadores franceses, a cuya cabeza figuraba Quesnay, y con cuya implantación el más ilustre de ellos, Turgot, aspiraba a transformar la sociedad francesa y conjurar la gran catás-



trofe de la Revolución que entreveía cercana, naufragó con la caída del grande hombre, que iluminó su breve paso por el gobierno de su patria, en una de las épocas más difíciles y oscuras de la historia de Francia y de la humanidad, con las más felices, más fecundas, más benéficas y más trascendentales reformas que hombre alguno, después de él, haya iniciado desde las alturas del gobierno.

Para la gloria del Impuesto Unico, mirado todavía por muchos una utopía irrealizable, basta recordar que él fué considerado como el más poderoso instrumento de transformación social y de actividad creadora para los países, por uno de los más portentosos estadísticas que hayan aparecido en el mundo.

Aquella concepción de Turgot y compañeros, debía tener la suerte de todas las ideas renovadoras, fundamentadas en la justicia y en la verdad, que, aunque gozan del privilegio de la inmortalidad, tardan largo tiempo en hacer camino en el mundo y encarnarse en la realidad de los hechos.

Aquellas ideas que parecían olvidadas con la desaparición de los hombres que las concibieron y defendieron con vigor y elocuencia extraordinaria y que formaban parte de un vasto plan de economía política y de gobierno económico fundado en el libre cambio, la abolición de todos los privilegios, gabelas y contribuciones, la libertad de industria y comercio y la supresión de todas las aduanas interiores e internacionales; aquellas ideas surgidas prematuramente en un ambiente hostil y un país dominado por el despotismo secular y por los intereses y privilegios formidables nacidos a su sombra; aquellas ideas, decimos, estaban llamadas a resurgir y tomar arraigo en una época más avanzada y en una generación de hombres educados en el culto de las grandes ideas y principios de justicia, de libertad y de igualdad proclamados por la Revolución Francesa.

Entre esos hombres, se encontraba un hijo de América, un argentino llamado a tener una figuración sobresaliente en su patria y en la historia del pensamiento, hombre, en cuyo espíritu selecto y nutrido de ciencia y en cuyo carácter elevado y severo, asomaban con fuertes rasgos las dotes superiores del estadista, del reformador, del organizador, del guiador de pueblos o de lo que llama enérgicamente Guillermo Ferrero, del plasmador de sociedades.

Ese hombre era el grande, el genial Bernardino Rivadavia.

Llamado Rivadavia a preparar y organizar, sobre un vasto territorio de exigua población, los elementos y materiales básicos sobre que debía erigirse una sociedad democrática, llamada a ser con el tiempo una de las más grandes, más ricas y más populosas naciones de la tierra, su primera preocupación, teniendo en vista esta finalidad, fué dar a la nueva sociedad una base económica que cimentara con firmeza inmovible la Democracia que iba a fundar. Esa base no podía ser otra que poner la tierra de la nueva nación al alcance de todos, lo que equivalía, como profundamente dice Andrés Bello, a poner la tierra al alcance de la Democracia. Las enseñanzas que Rivadavia había bebido en la ciencia económica de su época, pero sobre todo, su observación personal de las sociedades europeas, cuyas instituciones y condiciones de vida había estu-

diado profundamente, le habían demostrado que la miseria, la dependencia la servidumbre y la esclavitud de las masas, procedían de las desigualdades económicas producida por una injusta distribución de la riqueza, y que esta injusta distribución tenía su causa originaria, su raíz profunda, en la institución de la propiedad absoluta y perpetua de la tierra, merced a la cual le era permitido a una clase social aprovecharse del suelo sobre el que las demás tenían que vivir y trabajar, y que esta apropiación era nada menos que de la fuente originaria de toda la riqueza de los países, lo que equivalía a poner en manos de una clase el poder formidable de apropiarse de la riqueza producida por toda las demás.

La propiedad perpetua y absoluta de la tierra, con el derecho de usar y abusar, con el derecho de no trabajarla, ni de permitir que otros la trabajen, con el derecho de abandonarla, de mantenerla en secuestro y baldía—frutos de aquella institución que ha creado en Inglaterra, Francia y España los grandes dominios improductivos de la nobleza, el baldío, el ausentismo, la desocupación, la despoblación y la miseria de sus comarcas más fértiles—no podía ser transportada al suelo de la naciente democracia de América, llamada a ser poblada por cultivadores cuya independencia era necesario desde el primer momento asegurar, y perpetuar después, en su descendencia argentina.

Era necesario forjar otra institución que satisficiera la necesidad imperiosa de atraer y radicar en el suelo de la nueva nación el trabajo y el capital, brindara a éstos los mismos o mayores estímulos que el régimen de la apropiación individual del suelo, sin adolecer de los inconvenientes insubsanables y orgánicos de este régimen; y que la nueva institución, además, fuera adecuada a proporcionar al Estado los recursos financieros que le permitieran desarrollar sus actividades y la de todas las fuerzas económicas creadas o a crearse dentro de él, sin las trabas y embarazos de las contribuciones e impuestos de cualquier clase, que tan hondas perturbaciones producen en la economía de las naciones.

Y Rivadavia concibió su admirable sistema de enfiteusis temporaria y transferible, con canon movable, e indefinidamente irrenovable que, conservando para el individuo la propiedad de las mejoras y frutos de su trabajo y capital, le proporcionaba todos los estímulos, ventajas y seguridades de la propiedad privada, sin ninguno de sus inconvenientes fundamentales.

De esa manera, la tierra era conservada bajo el dominio del Estado y la renta territorial venía a constituir la única pero rica y amplia fuente de los recursos del Tesoro de la Nación Argentina, que hubiera sido la primera y única nación del mundo sin impuestos.

El estímulo poderoso que en el sistema agrario de Rivadavia ofrecía al empleo del capital y del trabajo en la tierra, permitiendo que el capital que los individuos debían invertir en la compra de la tierra, se empleara en la misma explotación, en ganados, semillas, instalaciones y mejoras, produjeron en el corto tiempo que ese sistema estuvo en vigencia, el resultado asombroso que señala una de las épocas más florecientes de la historia argentina.

«Los hombres de aquella época lo recuerdan todavía, dice Nicolas Avellaneda. Todos se hacían en Bue-

«nos Aires estancieros y enfiteutas, y basta efectivamente arrojar la vista por los libros, que con aquella denominación guardan los archivos del Departamento Topográfico, para conocer que los hombres y los capitales se precipitaban por ese camino. La liberalidad de la ley, la seguridad interior y el aumento de los precios de los productos rurales en los mercados de sus consumos, todo se reunía para estimular el espíritu de deslumbramiento que se convierte en la fiebre de especulación y de ganancias, tan general en los países nuevos cuando bajo principios felices comenzó a explotarse uno de los ramos de su producción. El Ministro de Gobierno anunciaba al Congreso que en esos días, después de haberse generalizado en el conocimiento público el proyecto de ley, se habían solicitado y concedido en enfiteusis más de doscientas leguas cuadradas.

«Esta, por otra parte, es la fisonomía de la época bajo todos sus aspectos, y no se puede descender por el estudio a explorar ninguna de sus corrientes, sin que se sienta al punto la ebullición de todos los elementos que constituyen la existencia de un pueblo. Las ideas aspiran a desprenderse de las teorías vagas para convertirse en instituciones. Los hombres quieren avanzar en libertad y riqueza. Los ríos interiores son explorados. Se levantan las cartas de territorios ignorados, y parece que el país mismo, incorporándose en el movimiento general abre sus ámbitos desconocidos para dar mayor esparcimiento al espíritu de vida y de progreso que todo lo vivifica»

La absorción por el Estado del valor social de la tierra creado por el esfuerzo colectivo, el reconocimiento de la igualdad de derechos a la tierra, la proscripción de todos los impuestos sobre el trabajo y el capital y sobre todas las formas de la actividad económica, la libertad del trabajo en todas sus manifestaciones y el libre cambio en su sentido más lato y absoluto, es decir, no sólo entre las naciones, sino entre los individuos, tales fueron los propósitos y finalidades del sistema agrario de Rivadavia de 1826, como son las del Impuesto Unico, cuya implantación había concebido Turgot desde el Gobierno de Francia, y que, en nuestros días, despojada la teoría de los errores en que incurrieron los fisiócratas y merced a los esfuerzos de otro gran descubridor de ella, nuestro maestro Henry George orienta el esfuerzo de millares de hombres de todos los países que desde el gobierno, en las municipalidades, en las legislaturas, en las asociaciones, en la prensa, en la cátedra, en el libro, o desde las filas del pueblo luchan por su triunfo.

No es posible hoy, ni lo será nunca. hablar del plan agrario de Rivadavia, sin asociar a esta obra la memoria del ilustre y sabio economista y pensador uruguayo que escribió las luminosas y profundísimas páginas de «La Legislación Agraria de Rivadavia» (1882).

Si se exceptúa la obra inmortal, publicada algún tiempo antes, de Henry George, «Progreso y Miseria» que ha revolucionado el pensamiento económico contemporáneo y con la cual puede, bajo muchos aspectos ser comparada la obra del ilustre economista uruguayo, no existe obra alguna en que el estudio de la cuestión de la tierra, que es la primera de la ciencia y de la política económica, especialmente en los países de América, se

haya hecho con más profundidad y mas luminosidad que en «La Legislación Agraria de Rivadavia».

Si la obra de Lamas hubiera sido más conocida y meditada, si su estudio y el de los problemas relacionados con la tierra, que ella trata, se hubieran abordado por los hombres de la época en que esa obra fué publicada, es probable que la nación Argentina contara en nuestros días con una legislación agraria sabia, previsor y científica, que aparte de servir a sus necesidades fundamentales, de atraer y radicar en su suelo población y riqueza y de promover la explotación de sus tierras vacantes, habría impedido la escandalosa y criminal dilapidación de su rico patrimonio agrario que le ha sido inicuamente arrebatado por obra de la ceguera, el desorden, la imprevisión y la ignorancia de sus clases gobernantes.

Lamas ha sido el único y el sabio y comprensivo expositor y comentador científico de la obra agraria de Rivadavia, y su libro quedará como el alegato más elocuente de aquella obra y de los grandes principios que fundamentan la escuela económica del Impuesto Unico, a la cual pertenecía el esclarecido economista uruguayo.

*Manuel Herrera y Reissig*

## NOTAS Y COMENTARIOS

### La tuberculosis y el «día de la flor»

De año en año va creciendo el escarnio y la afrenta de esta fiesta de bullanga instituida por el fariseismo triunfante. Señoras y señoritas más o menos cursis salen postulando con gran aparato, bombo y platillos y a los necios se les cae la baba al ver tanto derroche de caridad.

Pero la verdad es que tanto a las postulantes como a los donantes les tiene sin cuidado que muera media humanidad de hambre y miseria. Nada hacen por remediarlo como no sea esa pantomima ridícula donde se rinde culto a la vanidad.

El problema de la tuberculosis es el problema de la miseria. Así se va reconociendo hasta en los centros oficiales que son los últimos que se enteran.

En la Real Academia de Medicina presentó una Memoria el doctor Codina, donde claramente demostró que los tugurios y la renta de la tierra que absorbe la mayor parte de los ingresos del obrero es la causa principal de la tuberculosis.

Las pésimas condiciones en que se desenvuelve la vida de estos desgraciados, sujetos a la obligación de un trabajo agobiador excesivo, miserablemente remunerados siempre, con necesidades constantemente numerosas y en deficiencias de higiene tan notorias como se desprenden también de las cifras recogidas por el doctor Codina.

Un 78 por 100 de los enfermos habían comenzado a trabajar antes de los quince años. Trabajaban más de diez horas en la proporción de un 41 por 100, y dormían menos de seis horas habitualmente un 32 por 100.



Respecto a los ingresos de estos individuos que tan decisiva significación tienen para juzgar del grado de estrechez u holgura de su posible vida, no fueron mucho más halagüeños los datos recogidos. Un 27 por 100 de ellos ganaban menos de dos pesetas diarias, excluidos los que por su edad u otras circunstancias, no ganaban nada. Siendo menor de esta cifra el ingreso total de la familia por acumulación de los jornales de todos sus miembros en la proporción de un 37 por 100, y existiendo una relación entre el ingreso total y el número de individuos que compone la familia menor de una peseta por individuo en un 68 por 100 de los casos. De la relación del ingreso total con el alquiler de las viviendas resulta que pagan 15 o más pesetas mensuales de cuarto, con un ingreso total menor de tres pesetas diarias, un 28 por 100. Si se tiene en cuenta las condiciones higiénicas que suelen reunir estas habitaciones, que consumen casi íntegramente, como hemos visto, los ingresos de los obreros tuberculosos, se juzgará más fácilmente de la importancia capital que tiene el problema de la casa en Madrid. Un 35 por 100 de las casas de estos enfermos poseían menos de cuatro piezas habitables, y de su ventilación puede juzgarse con solo decir que tienen menos de una ventana por habitación el 67 por 100 de ellas. Entre estas ventanas reciben luz de un patio 141; de la calle, otras 141; de un tejado, cinco, y solo siete correspondían a un jardín o plazuela. Y de la proporcionalidad entre la amplitud del local y el número de individuos que lo habitan puede adquirirse idea sabiendo que viven más de uno por habitación en un 45 por 100 de los casos.

No puede asombrarnos, vistos tales resultados, que la tuberculosis mate todos los años en España 40.000 ó 60.000 tuberculosos. Esos 78 individuos que desde antes de los quince años, cuando el organismo humano, falto aun del desarrollo necesario, en pleno período de formación, cuando ha menester de mayores ingresos para cumplir con los gastos mayores de energía precisos a satisfacer las exigencias del crecimiento, se ven obligados a distraer en violentos esfuerzos la actividad fisiológica que funciones interesantes reclaman, nos hacen ya sospechar la indefensión en que se halla la clase obrera enfrente de las contingencias tan fáciles del contagio tuberculoso. Ellos entrarán en la vida con un déficit de energías que no recobrarán ya jamás, si es que el trabajo excesivo y prematuro no logra dar cuenta de sus vidas desde luego. Prometeos modernos de una cruel realidad, quedan desde edad tan temprana sujetos para siempre al trabajo, que cada vez se afianzará más firmemente a ellos, sin que esperanza alguna les quede de mejor suerte en lo sucesivo. Aumentarán las resistencias pero con ellas también, y no siempre proporcionalmente, la cantidad del propio esfuerzo. Ya mayores, trabajarán diez y doce horas, no siempre reposando lo suficiente, y obteniendo jornales mínimos, con obligación de gastos desproporcionados de casa, siempre incapaz, y gastos inevitables de alimentación que a la postre es la que más se resiente. Agotados por la fatiga,

hacinados en locales sin cubicación ni luz suficientes, paupérrimos, pierden pronto la noción de toda higiene, con lo que quedan inermes para las infecciones todas.

El problema de la tuberculosis persistirá indefinidamente hasta tanto que no se resuelva este otro palpitante de la casa barata, del alimento nutritivo, y del descanso suficiente. El «surmenaje» crónico de nuestros obreros; la alimentación de estos hábilmente calculada para no reportar más energías que las indispensables a un cuerpo que produce; la casa, verdadero cubil en que se hacían los hombres como fieras, en la que el sol teme entrar y que el aire solo visita en forma de viento y de frío, y en una palabra, esa absoluta y completa miseria de nuestros trabajadores es, prácticamente, causa tan eficiente y directa de la tisis como puede serlo su agente microbiano.

Así pues todo el que incesantemente desee laborar para mejorar las condiciones sociales ha de declarar la guerra a la miseria y atacar su causa en la raíz que es la institución de la propiedad privada de la tierra.

El impuesto único es la medida sanitaria por excelencia. Resuelve este problema y allana el camino para la resolución de todos los demás.

### El proyecto de urbanización

#### del extrarradio de Madrid

#### CARTA ABIERTA

Sr. D. Julián Besteiro.—Madrid.

Muy Sr. mío: Con fecha 16 de diciembre del pasado año escribí a don Salvador G. R. de Aumento la siguiente carta, publicada más tarde en la revista «Impuesto Unico»:

Sr. D. Salvador García Rodríguez de Aumento. Sevilla.

Mi distinguido consocio: Me atrevo a proponerle la siguiente fórmula para que a su vez si ustedes lo creen conveniente la Liga lo haga a las autoridades de esa:

1.º El Ministro de Hacienda autoriza al Ayuntamiento de Sevilla a suprimir todos los actuales impuestos municipales.

2.º Le autoriza para también para imponer un impuesto sobre el valor del suelo de todo el término municipal (Pudiera determinarse el máximo de dicho impuesto).

3.º El Ayuntamiento se compromete a ingresar anualmente en el Tesoro nacional la cantidad que anualmente recauda el Estado por contribución territorial rústica y urbana, las cuales recaudará el Ayuntamiento en la forma antedicha.

4.º Pasada cierta cantidad fijada de común acuerdo, el Estado podrá participar, durante los años que habrá de regir el concierto, del aumento en la recaudación obtenida por el nuevo impuesto.

Tiene verdadero gusto en ofrecerse de usted afectísimo consocio q. e. s.—Luis Biesca.

Oviedo 16 de diciembre de 1914.

\*\*\*

A mi pobre juicio la fórmula propuesta para Sevilla puede aplicarse a la reconstitución de la

hacienda municipal madrileña, tan maltrecha desde la supresión de los consumos y tengo también la firmísima convicción de que su implantación haría innecesario el proyecto de urbanización del extrarradio tan oneroso para los vecinos de Madrid. Hay una tendencia en lo tributario a lo artificioso, a lo complicado, la cual es hija, unas veces, de la mala orientación económica; otras, la mayor parte de ellas, debida al deseo del privilegio de eludir el justo tributo. Sea una u otra la causa, a mi juicio, el proyecto del señor Ruiz Jiménez está mal orientado y es nocivo, porque no solo recargará el impuesto municipal, sino también porque el Ayuntamiento pagará en la expropiación terrenos en cuyo valor no han tenido la menor partición sus dueños. Si todos los habitantes de Madrid con su actividad han creado ese valor ¿no es injusto que con el dinero de todos se beneficie sólo una clase? No hay más medio de municipalizar la tierra que el impuesto sobre su valor, respetando las mejoras, hijas del capital y del trabajo. Por éste sencillo medio, que no es una fórmula arbitrista ingeniosa, sino la síntesis científica de todo un sistema económico científico, el Ayuntamiento conseguiría:

a) Ser el único propietario de la tierra del término municipal, dejando la posesión para quien por el empleo de su trabajo o capital la explotara convenientemente.

b) Suprimir todos los actuales impuestos, verdaderas trabas puestas a la actividad y al libre desenvolvimiento de las fuerzas económicas.

c) Impedir que haya solares magníficos, en sitios céntricos, sin edificar y otros mal edificados.

d) Salir al paso a la especulación en las zonas de los ensanches, obstáculo al capital y al trabajo, a quienes se impide emplearse en la creación de nuevas viviendas.

e) Simplificar la administración y por lo tanto la posibilidad de moralizarla más fácilmente.

Y otros efectos que por no fatigarle y porque además su sagacidad adivinará fácilmente, no enumero.

A mi juicio la minoría socialista, por ser una minoría radical, ha de prohiar todo proyecto revolucionario, y en lo económico, lo radical, lo revolucionario es la cuestión de la tierra. La propiedad privada de ella es la base conservadora de la actual organización económica, que premia el privilegio y el monopolio y castiga al auténtico capital y usurpa al trabajador el fruto íntegro de su trabajo.

Me permito rogarle medite sobre mi proposición y la haga conocer a sus compañeros de minoría.

Mil perdones por la molestia, queda de Vd. afectísimo s. s. q. b. m.—*Luis Blesca*.

N. de la R. — El Sr. Besteiro no ha contestado aun a esta carta ni es probable que conteste, como no contestaron el sabio doctor Ramón y Cajal y tantos otros sabios que suelen desdenar los dictados del sentido común por ser demasiado sencillos para tan fenomenales talentos.

El Sr. Besteiro, después de recibir esta carta ha dado una conferencia en la Casa del Pueblo de

Madrid sobre este mismo tema sin recoger ni uno solo de los extremos de la carta.

### Nuestra fiesta anual

Tenemos noticia de que todas las secciones de la Liga se aprestan para celebrarla con el mismo entusiasmo y lucimiento de años anteriores.

Por lo que respecta a Málaga, la Comisión organizadora se reunirá todos los sábados a partir del día 5 del corriente mes en el local de la Sociedad de Ciencias a las 10 de la noche a donde pueden acudir también los demás socios de la Liga para la mejor organización del acto.

## Suscripción pública para una edición popular de las obras de Henry George

Pesetas

Cantidad recaudada hasta la fecha . . . . 611.50

**AMPLIACIONES AL CARBÓN.**—Retrato de Henry George, tamaño 47×62 centímetros.—Precio 5 pesetas.—José García Dominguez, Santa Cecilia, 10.—RONDA.

## Bibliografía georgista

Pesetas

Progreso y Miseria, un tomo. . . . .	1.00
Los fisiócratas modernos. . . . .	0.50
Extracto de "Progreso y Miseria". . . . .	0.25
El Credo del Georgismo . . . . .	0.50
El A. B. C. de la Cuestión de la Tierra (2.ª edición) . . . . .	0.25
Extracto de "La Ciencia de la Economía Política". . . . .	1.00
Ganancias mezquinas, sueldos escasos y salarios ruines . . . . .	0.25

### Folleto a diez céntimos

Del modo de hacerse rico sin trabajar.—"No robarás". "Venga a nos el tu reino".—"Moisés".—Panegíricos en los funerales de H. George.

### Hojas divulgadoras a UNA PESETA el ciento

- Núm. 1.—Manifiesto de la Liga.
- Núm. 2.—El Impuesto único explicado por Henry George.
- Núm. 3.—La gran batalla del trabajo, por Henry George.
- Núm. 4.—Prólogo de "Progreso y Miseria".
- Núm. 7.—La cuestión de los tranvías.

### Hojas divulgadoras a 0,50 ptas. el ciento

- Número 5.—Estatutos de la Liga.
- Número 6.—La canción de la tierra.

Carteles murales alegóricos de propaganda a ocho tintas, uno. . . . . 0,50

*Zambrana Hermanos, Impresores. Málaga*